

abordaje: parece que cada viajero va armado con un hacha en la mano derecha y una pistola en la izquierda, llevando además entre los dientes una daga ensangrentada: la furia es indescriptible, y aun descrita parecería inverosímil. Tómanse al asalto los ómnibus y tranvías: creeríase que cada asaltante pretende poner una pica en Flandes, es decir, plantar un estandarte en el imperial del vehículo.

Recuerdan estas guerras los peores *Catorce de julio* de nuestra historia; porque la multitud venida de los cuatro puntos cardinales sale casi á hora fija, á la de comer, por ejemplo, ó al acabar la fiesta nocturna.

Un poeta que adora la Exposición, pero á quien no sopla la fortuna, como las castas musas, me decía:

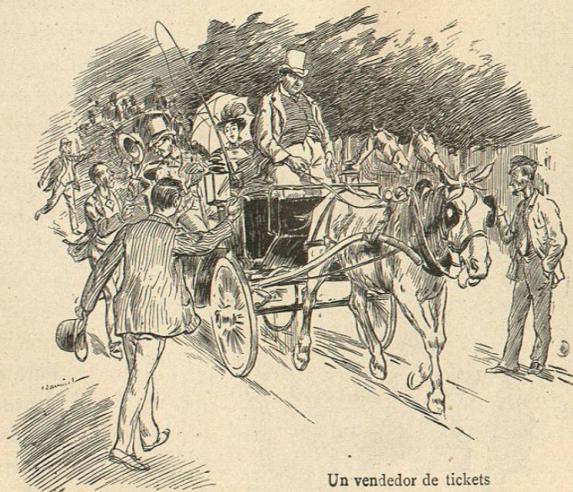
«A fuerza de reflexiones, de cálculos y de estudios filosóficos y sociales, he podido encontrar un medio infalible de locomoción en una época terrible en que el fiacre es inabordable, el ómnibus está lleno siempre, consagrada á las familias la tapicera y los barcos-moscas no parecen sino buena presa en manos de feroces ribereños, que no dejan ningún sitio á los poetas.

»Este medio infalible es doble también: son dos objetos de diez y ocho á veinticinco centímetros de longitud, un poco abultados hacia en medio, con cinco puntas por delante y una fuerte redondez por detrás, más dos sólidas bolas á los lados.

»Estos dos objetos van encerrados en una envoltura de algodón ó de seda, y en otra de cuero, barnizado ó embetunado, á elección del consumidor. Pónense bonitamente en el suelo y se les hace avanzar uno tras otro y os llevan á la Exposición y os traen á vuestra casa ó adonde queráis. Su empleo es fatigoso, pero seguro, infalible; y los tenéis á vuestra disposición, al alcance de la mano, donde quiera que estéis... Son los pies.»

El poeta exageraba sin duda; pero hay aquí un fondo de verdad.

EMILIO GOUDEAU



Un vendedor de tickets



FUENTES
LUMINOSAS

Desde las seis de la tarde, en cuanto el cañonazo reglamentario ha hecho el vacío en los palacios y pabellones, se ve alrededor de la fuente central producirse extraordinario movimiento en los paseantes, que acuden á instalarse de la manera más conveniente para ver el espectáculo.

Al último acorde de las músicas militares, se dan buena prisa y mejor maña los empresarios de sillas en traerlas de los jardines donde están diseminadas y colocarlas en siete ú ocho hileras á los tres lados del estanque.

Los recién llegados toman cómodamente posición por aquí y por allá por pequeños grupos más ó menos espaciados á su gusto y conveniencia. Nadie incomoda á otro; todos se han provisto de víveres, atacando en son de asalto los kioscos de comestibles, por su dinero, por supuesto: se está en partida de recreo y se come y se bebe alegremente en paz y en gracia de Dios, en buen hora se diga.

Pero poco á poco se activa la invasión: las fondas de la Exposición vomitan su gentío; las filas se rellenan y se estrechan, y los pobres gastrónomos al aire libre se ven un tanto embarazados.

A las ocho la multitud es ya compacta, y nada tan divertido como el espectáculo de este inmenso gentío desde lo alto de la Torre Eiffel. Primero es un semillero de manchas negras entre las sillas de amarillo de ocre; luego se extienden estas manchas, se penetran,

bullen y rebullen todas juntas y acaban por confundirse en un denso hormiguero. Si por ventura llueve, se abren los paraguas que para el caso se llevan de reserva; pero nadie se va. El tiempo pasa y todo el mundo permanece en su sitio, paciente y resignado. Se ha ido allá á ver fuentes luminosas, y suceda lo que quiera, allí se espera todo el tiempo necesario.

Luego cierra la noche, y al mismo tiempo que las estrellas, se encienden las lámparas eléctricas que ciñen los cespedales, la electricidad desliza sus diamantes entre estas hierbas, llena de luz los enormes globos glaseados de las cúspides de los palacios, irradia y brilla por todas partes, y los gaseros, ágiles como gatos, trepan por las asperezas del hierro, hacen chisporrotear los regueros de gas de los cuatro gigantescos arcos de la torre de trescientos metros y los festones del Dombo central.

Verdaderamente el golpe de vista es bello; pero hay más: aquí se ha venido para otra cosa. ¿A qué hora exactamente se coloran los saltos de agua?—A las nueve en punto.—¡Oh! bien hemos hecho en proveernos de tabaco. Echemos humo, camaradas, y así haremos tiempo y ahuyentaremos el mal humor.

En nosotros consiste invertir mejor aun este ocio: estudiemos un poco el teatro antes de la representación.

Las fuentes luminosas forman un conjunto bastante complicado, que se descompone en tres partes: el inmenso grupo decorativo del recipiente superior, sus delfines y figuras alegóricas, el estanque central, de cuarenta metros de largo, y rodeado de grupos de cañas metálicas, de donde se lanzan saltos de agua en grandes canastillos, y el recipiente octógono en la cruz del eje de las tres cúpulas. Que se pongan las aguas en juego, y se escapan con fuerza de los cuernos de la abundancia y de las urnas de los personajes del grupo, como también de las fauces abiertas de los delfines, y se extienden en catarata en la pila inferior, de donde ruedan al estanque.

Allí saltan hacia el cielo catorce chorros de agua, como otras tantas palmeras, mientras que de la pila octógona brota y sube á prodigiosa altura el salto principal, en medio de otros canastillos menores, que dan trescientos cincuenta litros de líquido, alimentados por el depósito de Villejuif. He aquí el cuadro y los medios hidráulicos.

Nada hay aquí, se nos dirá, que no nos sea conocido de larga fecha. Desde Luis XIV y las fantasías del parque de Versalles, no tenemos que aprender gran cosa en materia de juegos de agua. En hora buena. Pero es que estas fuentes se van á transformar ahora en volcanes de piedras preciosas. Recordamos el grito de admiración que resonó en Londres, en 1884, cuando se imaginó transformar masas de agua en movimiento en masas de luz de irisaciones cambiantes.

Era en la Exposición colonial: los canastillos transparentes de la gran pila pasaban en un minuto del rojo de rubí al verde de esmeralda, del amarillo de topacio al azul de zafiro, ó del violado de amatista al blanco lácteo del ópalo.

Nuevos progresos se realizaron antes de la Exposición de Manchester, en 1887, y sobre todo la de Glasgow, en 1888, en que apareció el prestigio aumentado por la frecuencia de los cambios de color.

El mismo año hubo magníficas fuentes luminosas en la Exposición universal de Barcelona. Así, pues, del Norte al Mediodía, la admiración de la multitud, la magia de los efectos eran semejantes.

Entonces, como se preparaba la Exposición universal de París, M. Bechmann, ingeniero en jefe del servicio de las aguas del Campo de Marte, de acuerdo con M. Coutan y M. Formigé, el arquitecto y escultor de la fuente del Navío de París, se entendió con

los hermanos Galloway, de Manchester. Estos hábiles constructores habían hecho todos los aparatos empleados hasta entonces. Conocían perfectamente la materia y podían hacer mejoras, si era posible.

Por lo demás, las cosas se arreglaron así: los hermanos Galloway se pusieron á disposición de M. Bechmann para el estudio de los efectos de conjunto, é instalaron personalmente el gran canastillo de la pila octógona con su corona de saltos verticales.

Pero si deseamos comprender este curioso organismo, no nos atengamos á simples narraciones. Ved allá, á la derecha del estanque, subiendo hacia la torre, aquel kiosco de apariencia ordinaria, planta baja de obra de fábrica, flanqueado por una escalera de ángulo, terminada en un pabellón de madera con cristales. Allí es donde hay que entrar, porque allí está el centro de las magias que van á sucederse á nuestros ojos, y la oficina del prodigioso mago.

¡El mago! Permitid que os lo presente. Es un hombre de mediana estatura, inglés y de cara muy inglesa, entre dos edades, de barba canosa, redondo y nada grosero, con un gorro gris griego, bordado con flores rosadas y azules; el cual inglés juega al ajedrez voluptuosamente.

Contra la pared de madera del lado de la fuente hay una especie de aparador misterioso, cuya tapa se levanta y quedan de manifiesto una hilera de palanquetas y como un teclado de botones eléctricos.

Dos ó tres cuadrantes y el manómetro de rigor están colgados bien á la vista, sin contar el juego de timbres.

A las nueve menos cuarto deja el mago su partida de ajedrez, apaga su luz de gas y toma asiento delante del aparato. Cinco minutos después, con movimientos precipitados, pesa sobre la empuñadura de las palancas y oprime unos diez botones. Diríase un organista en el momento de preluir combinando el juego de sus claves y tonos.

Luego al punto resuenan clamores de admiración. Ha comenzado el espectáculo de las fuentes luminosas.

Cada palanca ha hecho saltar un chorro de agua, y cada botón hace diluirse en las aguas un nuevo color. Desde el kiosco de observación inundado de sombras vemos producirse todos los cambios, á unos veinte pasos de distancia. Son fuegos artificiales de agua, que varían sin cesar.

El salto principal sube rectamente al espacio su rizado penacho de un tono de azufre traslúcido, que cae luego en húmedo polvo y se tiñe de color de lila en medio de una aureola de chorros verticales, rojos y verdes. Los otros saltos espaciados en el estanque se matizan á su vez. De los cuernos de la abundancia y de las fauces de los delfines suben líquidas gemas de los más raros tonos, y el manto de agua, tan sereno poco antes, se agita y toma mil reflejos.

De repente el rojo escarlata lo invade todo; pero resplandores más suaves rebullen en las inmediaciones. Luego es el violado el color que predomina, atenuado poco á poco por matices de perla. De súbito el salto central se transforma en deslumbradora tromba de leche, sin que se modifique lo demás. Y de todas estas aguas resplandecientes y bellísimas se desprenden nubes de húmedo polvo, no menos espléndidas y bellas. Pero en un abrir y cerrar de ojos se trastorna el efecto. Ahora los saltos y canastillos del estanque se aclaran, se platean, toman visos de nácar, mientras el salto central se carga de tonos de incendio. De minuto en minuto se renueva el increíble centelleo, como alimentado por todos los joyeles de los colores terrestres.